

# DIAY NOCHE

Madrid Año I Núm. 3.º

:::

Se publica los domingos

:::

3 Noviembre - 1918



## LOS MISTERIOS DE LA ELECTRICIDAD

LA DONCELLA.—Este contador corre demasiado; debe haber algún contacto y se pierde electricidad.  
EL CORRADOR.—No crea usted que se pierde; ya se la encontrará la señorita en el recibo.

Ayuntamiento de Madrid

20 cts.



# CASA "VIUDA DE PONTES"

(FUNDADA EN 1900)

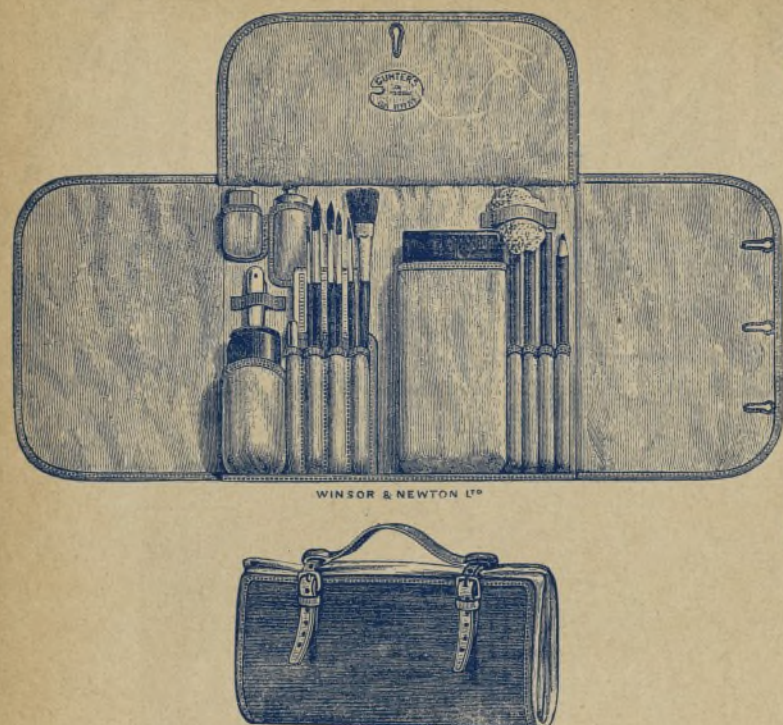
CARMEN, 6 Y 8 MADRID TEL. M. 41-18

Inmenso surtido en artículos para

## PINTURA

Aguafuerte, Modelado,  
Pirograbado,  
Fotominiatura,  
Repujar el estaño,  
Cuero, Cobre,  
Cartulinas, & c.

## DIBUJO



CARMEN 6 Y 8. (CERCA DE LA PUERTA DEL SOL)

A gencia Administrativa

(Matriculada) de

**MINGUEZ NEIRA**

Instancias, altas, bajas, variaciones, patentes, reclamaciones, certificados, licencias de aperturas, muestras, etc.

SERVICIO POR SUSCRIPCION

Despacho: Infantas, 23, vinos

De 10 a 1

**Manuel Lezama**

[CAPATAZ DE LA]  
**EDITORIAL HISPANICA**

Y DE

**DIA Y NOCHE**

Conchas, 1. Teléfono 28-90

**MADRID**

Sellos caucho, metal  
y placas esmaltadas

MANUEL LÓPEZ ORTEGA (HIJOS)

Encomienda, 20 duplicado

Tel. M. 51-84.—A. Correos 171

MADRID

RELOJERIA

**VALENTIN GARCIA**

Calle de Fuencarral, núm. 77

VENTA Y COMPOSTURAS  
de toda clase de relojes  
con garantía

SELLOS. Compro colecciones  
y lotes; pago altos precios.

**L. ODRIOSOLA**

**HORTALEZA, 51**

**PAULA**

**CORSETERA Y FAJISTA**

De la Real Cámara

Siempre modelos nuevos

CARMEN, 10, MADRID

**CALLEJA  
SASTRE**

*Mayor, 21*

Primera casa en Postales

**MAYOR, 37**

Expendiduría de Tabacos n.º 6

Instrumentos de Cirugía,  
aparatos Rayos X, mobiliario  
clínico, material bacteriológico,  
material antiséptico.

Mayor, 41 al 45.—Madrid

**EMILIANO GARCIA**

**MERCERÍA Y NOVEDADES**

96, Fuencarral, 96

**NO DE V. MAS VUELTAS A SU CABEZA**

El mejor dentrífico del mundo y preferido por las personas de gusto es el

**LICOR DEL POLO**

PRECIO 1,50 PESETAS

MEDIO SIGLO DE ÉXITO

Españoles: No dejarse sorprender  
por dentríficos extranjeros !

## TARIFA DE ANUNCIOS

Ultima plana de la cubierta

Plana entera... 200 Ptas.  
Media idem... 125 "

Cuarto plana... 75 Ptas.  
Octavo idem... 40 "

Plana del interior de la cubierta

Plana entera... 150 Ptas. Cuarto plana... 50 Ptas.  
Media idem... 80 " Octavo idem... 30 "

EN TRICOLOR PRECIOS CONVENCIONALES



—No digais más que lo que yo os afirmé, y estareis seguros de no mentir.

El hostelero contuvo su curiosidad y presentó a *Mr. Tresilian* a los compañeros de su sobrino, quienes, después de cambiar saludos con él y beber a la salud del nuevo comensal, prosiguieron su conversación, sazonándola con repetidos brindis.



los viajeros, que es la que menos exigía de tí que viajases para adquirirla. Recuerdo que, entre tus cualidades, estaba la de que no decías una palabra de verdad.

—¡Señores, valiente incrédulo!, dijo Lambourne dirigiéndose a los espectadores de tan extraña entrevista entre tío y sobrino, algunos de los cuales, nacidos en el pueblo, conocían las locuras de su juventud— ¡esto es lo que se llama matar la ternera gorda para celebrar mi vuelta! Pero, tío, yo no vengo de cui-



dar puercos, ni me importa que me recibas bien o mal, pues llevo conmigo algo que me procurará buena acogida en todas partes.

Al decir esto, sacó una bolsa medianamente llena de oro, que produjo visible efecto en los circunstantes. Algunos, acercando sus cabezas, hablaron en voz baja, mientras otros,

menos escrupulosos, empezaron enseguida a recordarle que fueron sus compañeros de escuela o que eran paisanos. Por otra parte, dos o tres personajes de grave y tranquilo aspecto, moviendo la cabeza, abandonaron la posada, dando a entender que si Gosling quería seguir prosperando, debería desprenderse de su holgazán e impío sobrino lo antes posible. Gosling aparenta-

*para poder mirar libremente...*



ba participar de la misma opinión, porque ni aun la vista del oro le hizo la impresión que suele causar entre los de su oficio.

—Sobrino Miguel, dijo; guárdate tu bolsa. El hijo de mi hermana no tendrá que pagar en mi casa ni la comida ni el alojamiento; y supongo que no tendrás deseos de permanecer mucho tiempo en un sitio donde te conocen tanto.

—En cuanto a eso, tío, consultaré sólo mi necesidad y mi conveniencia. Mientras tanto, deseo pagar la cena y la copa de despedida a estos buenos ciudadanos que no tienen a menos recordar a Miguelito Lambourne, que fué mozo de la hostería. Si no veis inconveniente para que festejemos con mi dinero, bien está; en caso contrario, a menos de dos minutos de aquí está la posada de «La liebre y el tambor», y creo que mis paisanos no se harán de rogar para acompañarme hasta allí.

—No, Miguel, explicó su tío; como han pasado diez y ocho años sobre tu cabeza, y confío en que te habrás corregido hasta cierto punto, no te haré salir de mi casa a estas horas, ni me negaré a servirte en lo que desees, si es razonable; pero me satisfaría saber que esa bolsa de que alardeas fué tan bien ganada como llena está.

—¿Véis qué desconfiado es, queridos paisanos? dijo Lambourne, apelando nuevamente al juicio de los presentes. Este hombre va a sacar a la vergüenza las locuras cometidas por su sobrino hace veinte años. Y en cuanto al oro, estuve en el país donde se cría y no hay más que recogerlo. En el Nuevo Mundo he estado, en Eldorado, donde los chicos de la calle juegan con diamantes como si fueran huesos de aceitunas, y donde las muchachas se hacen collares con rubies; donde las tejas son de oro puro y los adoquines de plata virgen.

—A fe mía, dijo el joven Lorenzo Golthred, el satírico mercero de Abingdon; ¡qué bueno sería comerciar en aquellas costas! ¡cuánto valdría el lino, las mezclillas y las cintas en donde el oro es tan abundante!

—La ganancia sería indecible, replicó Lambourne; especialmente si el mercader fuera un muchacho guapo, porque las damas de aquel país son amables, y como el sol tostó su piel, arderían como yesca al mirar un cutis fresco como el tuyo, y ese cabello que tira a rojo.

—Quisiera comerciar allí, dijo el mercero soltando la carcajada.

—Bien puedes hacerlo, dijo Miguel, suponiendo que sigas siendo el muchacho vivo que me ayudaba a robar el huerto del

precepto y ejemplo de *Miguel Lambourne*, y formada por gente dispuesta a aprovecharse de una buena comida a costa del hostelero, ya habían pasado los límites de la templanza, según se desprendía del tono en que Miguel se informaba de sus antiguos amigos del pueblo, y las risotadas con que eran acogidas las respuestas. El mismo *Gosling* estaba algo escandalizado del turbulento carácter de su alegría, sobre todo por el involuntario respeto que le inspiraba su desconocido huésped; así, pues, detúvose con él a alguna distancia de la mesa y comenzó a disculpar aquella licencia.

—Pensareis, dijo, oyendo a esa gente, que todos ellos están acostumbrados a una vida libre; pero mañana podreis verlos convertidos en activos trabajadores; ese mercero que veis con el sombrero ladeado, desceñido el traje, la capa colgando de un hombro, y modales afectadamente rufianescos, cuando está en su tienda en *Abingdon*, aparece, desde la bien puesta gorra hasta los brillantes zapatos, con tan correcto porte como si acabaran de nombrarle alcalde. Charla de asaltar parques y echarse al camino real de modo que podríais suponer que vaga por las noches entre *Hounslow* y *Londres*, cuando lo cierto es que las pasa durmiendo como un bendito en su colchón de plumas, con una vela a un lado y una biblia al otro, para ahuyentar a los duendes.

—Y vuestro sobrino, ese tal *Miguel Lambourne*, el anfitrión, ¿es también un falso calavera como los otros?

—Ahora sí que me habeis puesto en un apuro. Mi sobrino es mi sobrino, y aunque haya sido un atolondrado, puede haberse enmendado como otros lo hicieron; y no quisiera que dieseis fe a todo lo que dije de él. Y ahora, señor, ¿con qué nombre he de presentar tan respetable huésped a esta buena gente?

—¡Caramba, querido hostelero!, replicó el otro; llamadme *Tressilian*.

—¿*Tressilian*?—repuso el hostelero del *Oso*—respetable nombre y, según creo, pertenece a uno de los linages de *Cornualles*, pues según el proverbio

Por *Pol*, *Tre* y *Pen*,

Se conoce a los hombres de *Cornualles*.

¿Le presentaré como al apreciable señor *Tressilian*, de *Cornualles*?





# Día y Noche



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

## ESPAÑA

Tres meses. ....	2,50	Ptas.
Seis meses. ....	4,75	"
Un año. ....	9,00	"

DIRECTOR

**FERNANDO PONTES**

Redacción, Administración, Talleres  
Cardenal Cisneros, 47

APARTADO DE CORREOS 809. TEL. J. 923

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

## EXTRANJERO

Tres meses. ....	8	Ptas.
Seis meses. ....	15	"
Un año. ....	25	"

Año I

Madrid 4 de Noviembre de 1918

Núm. 3

## EL NOVIO DE SOLEDAD



Cuando se le habló de casarse con Fidel Martínez, Soledad se negó resueltamente, con esa callada energía y laboriosa tenacidad que tienen las mujeres para los negocios del corazón. Y tan resueltamente se rebeló contra la decisión familiar, que se hubieron de suspender las amonestaciones anunciadas en la parroquia de San Gil para la clara mañana del domingo de Pascua de Pentecostés...

Toda la ciudad se estremeció de sorpresa. ¿Cómo? ¡Así, tan a lo tonto, se desdeña un buen partido, una colosal proporción como Fidel, unigénito del mayor contribuyente de la provincia, con grandes dehesas donde pacían numerosas cabezas de ganado, con cinco casas en la calle Real, con un gran establecimiento de tejidos bajo los porches de la Plaza Mayor!... ¿Qué se habrá creído esa tontuela de Soledad?—se decían las amigas unas a otras con esa caritativa malignidad que tienen las mujeres para murmurar de sus compañeras de sexo.—¿Cuántas muchachas distinguidas y de muy buen palmito envidiaban la suerte de aquella lagartija esmirriada!...

Porque Soledad era eso y nada más que eso... una lagartija. Muy delgada, muy esbelta y muy pálida, no podía constituir el ideal de ningún burgués, de estos que aman las muchachas rollizas y frescotas, tan abundantes en Ablanedo... ¡Señor! ¿De qué se había enamorado ese Fidel? No sería de la opulencia de los senos ni de las macizas caderas de Soledad.

Tanta mella hicieron en la muchacha amonestaciones familiares y reprimendas amistosas, que acabó por confesar que todo aquello había sido un mal pensamiento, una

bobada de una noche de insomnio, y que estaba dispuesta a matrimoniar con Fidel Martínez siempre y cuando este jurase solemnemente no guardarle rencor por aquella vacilación de un instante y además prometiera marcharse de Ablanedo apenas casados y avecindarse en Fabricia...

Así prometió el gordo y llanote Fidel, que era de buen compás, como allá dicen. ¿A él qué le importaba vivir en Fabricia o en Ablanedo, si al fin sus fincas estaban repartidas por toda la provincia y el gran Alvaro Maudes, su administrador, cuidaba de ellas y las vigilaba a la perfección tras los severos lentes de armadura aurina?

En la ciudad se comentó este cambio de postura tanto o más que la resolución anterior. ¿Qué misterio muy hondo y muy confuso había en aquel casorio?

—Ella es una loca... Tiene el clavo histórico. No le arriendo la ganancia al marido—se permitió decir don Benjamín Logrosán, tan implacable médico como complaciente cónyuge, no se sabe si peor reputado como galeno o como esposo...

Y comenzó a cantar una romanza de «Roberto el Diablo», que repetía invariablemente todas las noches, desde el año 86, en la tertulia de las hermanas Caunedo. Luego arrastró su corpachón de palurdo por la mullida alfombra, porque uno de los placeres más intensos para D. Benjamín era andar a cuatro patas en las casas de confianza, donde tomaban todas estas salidas suyas a broma, como él tomaba a broma también las salidas de su carmitad. Diariamente, la ciencia de Hipócrates, en la persona de D. Benjamín, andaba por los suelos,



Entretanto, la esposa de D. Benjamín, buena moza, de negros ojos y lustrosa cabellera, cuchicheaba en un rincón con un bizarro capitán del Regimiento del Duque.

Mientras llegaba la boda, averiguóse en la capital la causa de la brusca ruptura de Soledad con Fidel, luego rectificada por un sereno, sensato y no desinteresado raciocinio...

Soledad andaba románticamente enamorada de Federico Ordóñez, guapo mozo, barítono de ópera, natural de Ablanedo y niño mimado de las mesocráticas tertulias. Eran vecinos de la misma casa hacía diez años. Todas las noches, cuando él volvía del teatro, ella, saboreando las delicias del amor ignorado, salía a verle subir por la escalera y le espiaba tras la mirilla.

Su voz pastosa y grave resonaba con una inflexión acariciadora en el silencio profundo del caserón, donde todas las puertas estaban cerradas desde las diez de la noche, como en defensa de los vanos ruidos de la calle plebeya...

Siendo aún muy niña, apenas salida del colegio del Santo Angel, cuando, en trenza suelta sobre la espalda, era la admiración de los poetas precoces en las glorietas del Campo de San Benito, brotó en Soledad este amor descompasado y sin recompensa hacia aquel vecinito del piso de arriba, tan guapo, tan amable con ella cuando la encontraba por la escalera, tan triunfador en los saraos aristocráticos de las hermanas Caunedo y en las funciones benéficas del Teatro Principal.

En el brindis del «Hamlet» (¡cómo recordaba aquella noche de verano y de luna en que se lo había oído desde una platea, temblorosa de emoción, con aquella pasión de todos ignorada, escondida en el fondo de su seno de virgencita!) Ordóñez emulaba a los «divos» de alto copete; en el aria de «Rigoletto», era el único; en «Manón Lescaut», era una maravilla; cantando tonadas del país, era sencillamente un prodigio... ¡Oh, con qué halagadoras y mimosas cadencias interpretaba aquella prosaica y dulce canción de «la panadera»!

A la entrada de Oviedo  
y a la salida,  
hay una panadera;  
¡cómo me mira!...

No es extraño que en una chiquilla romántica, ahita de lecturas novelescas y de lecturas devotas, muy propensa a las resbaladizas complacencias de la imaginación, prendiese aquel amor sin reciprocidad—que se grabó en el pecho de Soledad con la perpetuidad con que se imprimen las imágenes amorosas en la adolescencia,—hacia un mozo apuesto y gentil, hombre hecho y derecho, popular, niño mimado de los salones: un triunfador en toda la línea.

Lo que buscan las mujeres en el hombre que adoran es siempre, infaliblemente, la sensación concreta de superioridad en uno u otro orden. Para Soledad, Federico Ordóñez era el hombre superior por excelencia. Le amaba, pues, con un amor respetuoso, más bien con veneración. ¿Cómo ella, una chiquilla insignificante, iba a aspirar a que se fijara en ella, la distinguiera un hombre así, tan halagado, lisonjeado, alrededor del cual todas las niñas bonitas y adineradas de Ablanedo formaban corro, rindiéndole culto y ofreciéndose en invisible holocausto?...

Claro que, como era tan galante y tan mundano, siempre que la encontraba en la escalera la saludaba con mucho afecto y la sonreía con amabilidad, hasta con mimo; pero como sonríe un hombre que está en la cumbre de la vida y de la gloria a una chiquilla de quien se siente admirado...

Nada de esto había llegado a oídos de Fidel Martínez, ni jamás nadie se lo había dado a entrever (contadas eran en la ciudad las personas que lo sabían, y no muchas más las que lo sospechaban), y así, ingenuamente sorprendido, interrogaba a sus amigos de confianza respecto a las causas íntimas que habrían motivado la resolución de Soledad. Él no estaba dispuesto a ir al matrimonio con los ojos vendados, como los caballos a las plazas de toros, y nunca con mayor propiedad usado el símil...

No faltó, sin embargo, uno de esos amigos oficiosos, verdaderas calamidades escépticas, especie de comisionistas de una agencia de desilusiones y desengaños, que se encargó de sacarle de su piadosa duda y sumergirle en la implacable y fatalísima vía de la amargura...

Era una noche clara de luna. Salían juntos del Teatro Principal. Fidel iba muy alegre, tarareando una musiquilla de moda, acabada de oír en el teatro... De pronto el



amigo, bruscamente, bárbaramente, con la brutalidad de lo que no nos hiere a nosotros mismos, le dijo, al ver que Fidel Martínez se paraba en la esquina de la plaza de Santa Clara, frente a la mole plomiza del teatro...

—¿A quien esperas, Fidel?...

—¿A quien voy a esperar? ¡A mi novia!...

Al decir esto, sonrió con satisfacción, con el orgullo del que se siente amado.

—¡Estúpido!—dijo de golpe el amigo.

—¿Que dices?—preguntó atónito Fidel—¡Estúpido por esperar a mi novia, a mi Solita del alma!...

—¿Te ha mirado mucho esta noche?

—No, precisamente estuvo hoy muy disciplente, y quiero saber lo que le pasa...

—¿Que le va a pasar, bobalicón?... Que mientras tú estabas con los ojos fijos en su platea, embozado, ella se estaba comiendo a Ordóñez con los ojos...

—¡Mentecato!...

—Pero el mentecato eres tú que no lo has visto... ¿No has notado nada?...

—¡Absolutamente nada!...

—Lo de siempre... Todo el teatro lo ha notado menos tú. Pero ¿cuando os acabaréis de convencer, angelotes, de que las mujeres tienen veneno en los ojos, veneno en los labios, veneno en las uñas, veneno en el alma?... ¡Cándidos, ilusos, fantaseadores!...

—Pero ¿hablas de verdad, Angelín?

—Con toda el alma. ¿Qué interés voy a tener en engañarte a ti que eres mi mejor amigo, mi hermano?...

Fidel se estremeció de pavor y de emoción. Las frases de su amigo sonaban amargas, frías y duras como la voz de la verdad. Caían en el silencio como cristalinas gotas de escarcha, de aquellas que en las noches de invierno hacen tiritar a los transeúntes...

Avanzaron por la plaza blanca y bañada de luna. Había salido mucha gente del teatro, y Fidel no quiso esperar a que saliera Soledad, entretenida en ponerse el abrigo y los guantes... Avanzaban cogidos del brazo, como si Fidel fuera un ciego—un ciego del alma, como todos los enamorados—que necesitase de un solícito lazarillo...

—Gracias, Angelín; gracias, muchas gracias—murmuraba sollozando.

Al día siguiente, Fidel Martínez rompía definitivamente sus relaciones con Soledad, dando mucho que decir en Ablanedo, con esa grandeza de alma que solo tienen a ratos los hombres vulgares...

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Noviembre de 1918.



# De Beatriz a Rosalinda

Mi querida Rosalinda: La suposición de que tus cartas me hacen sonreír «benévolamente» es completamente errónea. Tus descripciones me producen, más que sonrisas, carcajadas sonoras y regocijantes a ratos, y a ratos también sentimientos de profunda ternura.

Tu ingenuidad y tu irreflexión tienen algo tan infantil, que despiertan en mi alma sentimientos de maternal indulgencia. No te rías, moralmente te llevo cuarenta años.

Tus conquistas mismas me halagan como halagarían a cualquier madre casamentera los triunfos amorosos de todo un «ramillete» de hijas por colocar. En fin, tus ideas anticonvencionales y tus frases picarescas—y esto sí que en bien de la moral debiera callármelo—me hacen feliz ya que me alejan, por breves momentos si quiera, de esta suicida monotonía social.

Qué dichosa casualidad la de haber encontrado tu «herido» alojado en el mismo hotel que vosotros... Pero no te preocupes antes de tiempo; más que «indicación del destino» veo en ello un deseo perfectamente natural por parte de tu nuevo admirador de seguir en París la agradable aventura del expreso. De ese modo podrá verte a diario, asegurarse de tus planes y trabar conocimiento con la «capital del mundo» bajo la dirección de una mujer bonita. ¿Cabe mayor aliciente?

En cuanto al nombre de Edgar nada tengo que oponer, nombre de pura cepa sajona, nombre regio y varonil que tiene sobre todas esas ventajas la de poderse pronunciar fácilmente. Siempre te he dicho que si te casabas con un extranjero—y esto no quiere decir que ahora te dejes cautivar—convenía lo hicieras con quién llevara un nombre al alcance de la comprensión de tus compatriotas. El apellido «Wallace» tampoco está mal, pero más propenso al tritamiento que el nombre de pila. Ya me figuro que siguiendo

tu habitual costumbre habrás hecho pruebas de tu nombre con ese apellido «Mrs Edgar Wallace» «Mr et Mme Wallace» «Frau Wallace» «Rosalinda L. de Wallace». Verdaderamente en todos los idiomas y bajo todas las formas el enlace nominal resulta bien. Lo que realmente me parece prematuro es que a continuación te entusiasmes con las galas de la viudez que has visto en París. Tanta admiración—a qué negártelo—me causa recelo.

¿Acaso serías capaz de inmolar al pobre Edgar en aras de tu vanidad? Ser viuda de la guerra, llorar a un héroe y llevar un traje de crespón muy mate y muy «collant» sujeto a las caderas con estrecho cinturón [de lo mismo, bordear el escote de crespón blanco y resguardar tu rostro «dolorido» de miradas curiosas medianamente una toca de gasa negra y «pena» de lo mismo adoptada a tu juventud por un forro de crespón blanco que encuadre la cabeza «maravillosamente», será todo lo encantador que quiera, será «el más eficaz de los remedios contra la mayor de las tristezas», pero no es posible que compense su belleza la necesidad y obligación de llevarlo. El «luto blanco» me parece una innovación acertadísima, y si no en su totalidad, en lo que se refiere a toques que alivien la lúgubre uniformidad del negro, será seguramente adoptado por nuestras compatriotas. Pero, querida Rosalinda, no te aprestes a sacrificar a Edgar. Edgar, sobre cuyo brazo herido estábamos ya dispuestos a verter lágrimas los que te conocemos.

Es joven, es guapo, déjale vivir. Por gran-

de que sea tu afán de ver como te sientan esas galas que te han cautivado, no será superior al que sienta él por verte y oírte a toda hora y... no olvides que el convertirte tú en señora viuda de Wallace, sería cerrar para siempre los ojos de Edgar a la luz... Tuya,

BEATRIZ GALINDO.



Vestido *bergère*, flores rosa con hojas verdes,  
sobre fondo gris perla.



EN CHUNGA

## DON SEVERO, CIPRÉS

Don Severo del Mármol, es un señor capaz de amargar la miel al colmenar más productivo.

A lo peor va usted por la calle pensando en que su suegra se va a marchar seis meses a Villazopeque de Enmedio, que está a setecientos veinte y dos kilómetros y tres metros de Madrid, por cuyo fausto motivo las castañuelas a su lado resultan adornos de sarcófago, cuando al volver una esquina, se topa con el luctuoso don Severo:

—Cuidado, no camine tan deprisa; tengo yo un amigo, que a consecuencia de un resbalón, se quedó cojo.

—Sí que es mala pata.

—Las calles están llenas de peligros. ¡Mire usted que si se desprendiese ahora un cable del tranvial!

—Pero, don Severo, si los repasan todas las noches...

—Y el pavimento ¿lo repasan también?

—¡Hombre! ¡Que hoy estoy alegre! ¡Mi suegra se va!

—Perderá el tren; no le quepa duda.

Para quitársele de encima, se dirige uno al café más cercano, pretextando una cita. Don Severo, brindando protección, se empeña en acompañar a su desgraciada víctima:

—Mozo, café.

—A mí, nada.

—No me haga ese desprecio.

—¿Usted sabe con qué hacen el café en los cafés?

—Con moka y caracolillo.

—No señor. Echan zanahoria molida, que para que adquiera el color negro la dejan pudrirse en un estercolero; después la mezclan con patas secas de repugnantes pulpos, y el todo lo cuecen en agua de fregar.

Con la descripción de don Severo se renuncia al café.

—Mozo, un té.

—¡No tome usted eso! Sin duda ignora que los chinos lo cuecen cuatro o cinco veces; después lo dejan secar; luego lo emplean con harina de linaza para ponerse cataplasmas en la rabadilla, y cuando lo han utilizado en estos menesteres farmacéuticos lo venden a los europeos.

—¡Mozo!! ¡La cuenta!!

Se duda un momento entre el suicidio o hacer picadillo a don Severo, pero reflexionando se opta porque permanezcan incólumes las respectivas personas:

—Vaya, encantado del encuentro, a su disposición.

—Si no le es molesta mi compañía... dispongo de toda la tarde.

Ante la pelmacería de don Severo, no hay más remedio que conformarse:

—De ninguna manera. Voy a comprar unas chucherías, se casa un amigo y...

—¿Qué va usted a regalarle?

—Cualquier cosa; un centro de mesa...

—¿Un centro de mesa? ¿Y no piensa usted que al casarse su amigo tendrá hijos, y que los niños son

muy revoltosos, y que un día cogerán el centro de mesa para jugar, y que le romperán y se clavarán los vidrios y habrá un disgusto?

—Verdaderamente no había pensado en ello. Le regalaré una joya, un alfiler de corbata...

—Puede resultar falso; hoy las alhajas se imitan de un modo maravilloso.

Surgen otra vez las ideas asesinas, acudiendo a la imaginación el espectro de un cerdo concienzudamente degollado, de esos que ponen en las carnicerías colgados en el invierno, y en el colmo de la crueldad se ve mentalmente a don Severo cabeza abajo con el cubito colgando de la boca.

Para disipar el mal humor y las ideas entunecidas, los ojos se recrean gozosos contemplando las mujeres que pasan:

—¡Caray, qué señora! ¡Es una catedral con faldas!

—Usted no tiene derecho a mirar más mujer que la suya; el hombre casado ha de andar siempre con la vista baja.

—¡Don Severo! ¡Si es que no debían dejarlas salir a la calle! ¡Son capaces de volver mico a un mono por lo bonitas! ¡Mire, mire aquella de enfrente!

—Pues donde usted la ve, en cuatro años ha envidado tres veces. Las mujeres son el demonio con corse y medias caladas.

Al embobarse en la contemplación, un transeunte de los que añoran el cuadrupedear, le pisa a don Severo un callo, convirtiéndole momentáneamente en palmípedo, sin pedirle perdón siquiera:

—¡Qué animal!

—Silencio. Hay que tener paciencia. Muchas veces, por una insignificancia se enreda una cuestión; de las palabras se pasa a los hechos; golpes, la cárcel, el hospital, el presidio...

Al fin, la aparición de un amigo oportuno, obliga a don Severo a despedirse. Cuando va lejos, libre ya de la tortura, tras de una serie de interjecciones gruesas y unas expresivas cariñosas frases para la familia del hombre fúnebre, puede uno expansionarse:

—Chico, lo que me alegro el haberte encontrado; si no llegas tan a tiempo...

—¡Vaya una cara!

—Lo que no sé es como la tengo siquiera,

—Pero ¿qué te sucede?

—Casi nada. ¡Otra vez lo mato!

—¡Recambó!

—¡Que hombre más insoportable!

—¿Quién? ¿Don Severo?

—Sí. ¿Le conoces?

—Naturalmente. Es el tío más castizo que se conoce; se juega las pestañas; se encurda todos los días; arma cada juerga que tiemblan los asteroides, y tiene puestos tres pisos a otras tantas furcias de esas que compiten con el vapor de agua por lo caliginosas. ¡Lo que se dice un cañí!

—¡Y yo que le creía un ciprés!

—¿Ciprés? ¡Una enredadera, con la mar de campañillas!

ARISTIDES FREDESVAL



# LA ACTUALIDAD EN SEVILLA

La Romería de Ntra. Sra. de Valme.



1. La hermandad camino de la ermita de Cuarto, donde se celebra la función religiosa.--2. Una de las artísticas carretas premiadas en la romería.--3. Grupo de Caballistas de la hermandad de Valme, durante un descanso.--4. Artística carreta donde es conducida a la ermita de Cuarto la Virgen de Valme.--5. Becerrada a beneficio del "Club Gallito". La primera tiple del teatro del Duque, Srta. Mercedes Bosch que pidió la llave del toril.--6. Los matadores de toros: Vázquez, Gallito, Posada, Limeño, Salerí y Camará que tomaron parte en la becerrada.

(Foto Sánchez del Pando).



# LA ACTUALIDAD EN MADRID



1. S. M. la reina Victoria paseando con S. A. R. la Infanta Isabel durante un descanso de las carreras.—2. Distinguidas Srtas. en el hipódromo.—3. Banquete en honor del escultor Garcé González.—4. El ministro de Chile en España, rodeado de las Sras. y caballeros que asistieron a la recepción en honor del ministro Inglés en Chile.—5. Centro Maurista del Hospicio. Apertura de curso y reparto de premios presidido por el Subsecretario de Gracia y Justicia, Sr. Goicoechea.—6. La Srta. María de los Dolores Boix, hija del ingeniero jefe de los ferrocarriles del Norte, que contrajo matrimonio en la Iglesia de los Redentoristas con el joven abogado D. Francisco García los Ríos.

(Fotos del Río)



# LA ACTUALIDAD EN BARCELONA



1. Sport de invierno, El Club de natación.—2. Los nadadores tomando el Sol.—3. El juego de la cuerda.—4. Estreno en el Teatro Nuevo del vodevil en tres actos, "Mademoiselle Bibi". Escena Final. Compañía Samper.—5. Real Club Deportivo Español. El Campo Español vencedor a cuatro Goals por uno.—6. Foot-Ball Club.

(Fotos Merletti hijo.)



## ACCIDENTE DE AVIACIÓN EN CUATRO VIENTOS



1. Estado en que quedó el biplano Farman que causó la muerte del capitán de Artillería D. Agustín de Francisco y del piloto teniente de Caballería, D. Francisco Enrile.—2. Los compañeros del capitán de Francisco trasladando a este, en hombros, a la última morada.—3. El teniente de Caballería Sr. Enrile, que pilotaba el biplano causante de la desgracia.—4. Los Generales Marina, Aguilera y otros jefes del ejército en la presidencia del duelo de los aviadores fallecidos.—5. Entierro de las víctimas. La tábula comitiva dirigiéndose al cementerio de Carabanchel.

(Fotos del Río)

## UNA BODA EN SEVILLA



Boda de la bella Srta. Narcisa Zembrano de Torres con el distinguido facultativo D. Cándido Crespo. Los nuevos esposos saliendo de la catedral después de la ceremonia religiosa.

(Foto Sánchez del Pando.)

## UN BAUTIZO EN SEVILLA

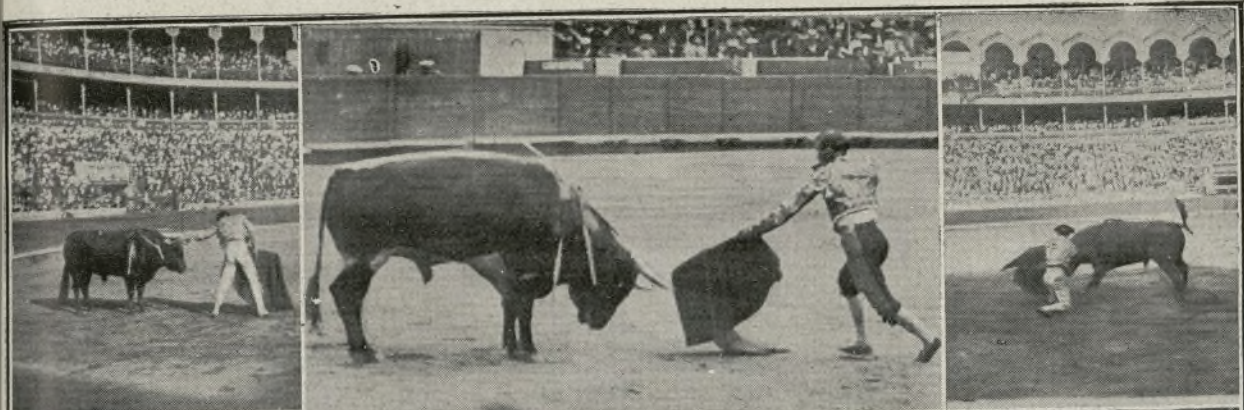


Grupo de invitados al bautizo de un hijo del gerente de la Plaza de Toros Monumental, D. Juan Soto, siendo apadrinado por el popular espada José Gómez "Gallito".

(Foto Sánchez del Pando.)



# SEMANA TAURINA



1. Torquito en un adorno.—2. Torquito entrando a matar.—3. Torquito rematando un quite.



Torquito en un pase de rodillas.



Torquito en un pase de pecho con la derecha.

No siempre nos hemos de ocupar los escritores taurinos de cantar las glorias y ensalzar las proezas de los toreros ya consagrados. También los artistas modestos son merecedores a que de vez en cuando, se les eche una mano, ya que el camino que tienen que recorrer para alcanzar la cima de la fama, suele estar sembrado de espinas donde quedan enganchadas y rotas las ilusiones de muchos de ellos.

Hoy le toca el turno al bilbaino Serafin Vigiola *Torquito*, que ésta temporada ha dado un paso de gigante en su carrera. Es incomprensible que este diestro no esté colocado en el grupo de los primeros. Y al decir de los pri-

meros me refiero a la cantidad de corridas toreadas porque en cuanto a la calidad, Torquito es de los que hay que echarle de comer aparte.

Un defecto tiene Serafin que le ha perjudicado notablemente en su carrera; la desigualdad en su trabajo. En esto, es el torero que más puntos de contacto tiene con el divino Rafael, como dieron en llamar al Gallo muchos de sus partidarios. En una misma corrida cae en el abismo y se remonta a las nubes. Reciente está el ejemplo en la última corrida de Valladolid: en su primer toro escuchó dos avisos y en el otro le concedieron las dos orejas porque hizo la faena más completa de la feria. Y hay que hacer constar que en esos festejos tomaron parte diestros de la talla de *Gaona, Gallito, Saleri y Camará*.

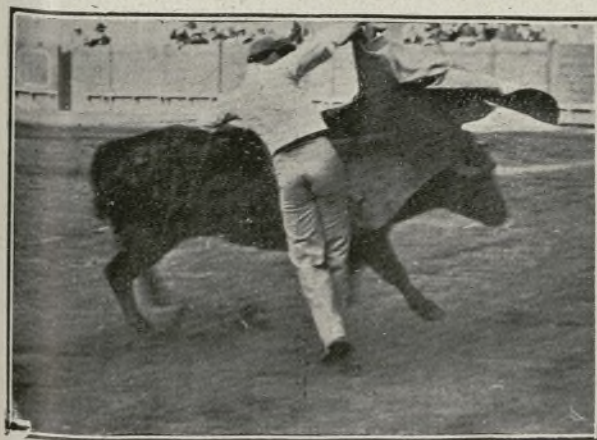
De todos modos, este año ha sacudido la *morrina* y ha conseguido éxitos definitivos en las principales plazas del norte, y últimamente en Barcelona, donde ha colocado su nombre a envidiable altura.

Estos últimos días ha sido contratado para torear en Caracas cinco corridas durante el próximo invierno, y como por acá—que diría el llorado N. N., de feliz recordación—somos completamente desinteresados, y estamos convencidos de buena fé de la valía del diestro de Bilbao, no tenemos inconveniente en romper esta lanza en su defensa, mientras que el tiempo, supremo juez de la vida, confirme la razón de nuestras afirmaciones.

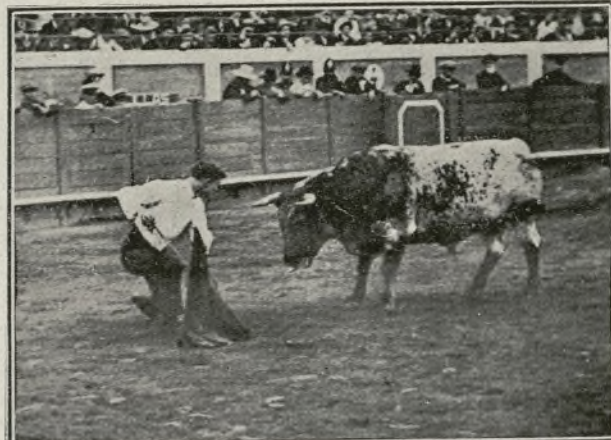
¡Y que muy poco ha de vivir el que no lo vea!

CHETE.

## EN SEVILLA.—Becerrada a beneficio del "Club Gallito".



Gallito en el segundo toro.



Camará en el sexto toro.

(Foto Sánchez del Pando.)

Ayuntamiento de Madrid



## DESDE EL GALLINERO

Teatro de la Comedia.—*Don Juan, buena persona.* Comedia de los Sres. *Alvarez Quintero*.—Este es el estreno de mayor importancia de la semana, por la expectación justificadísima que toda nueva producción de los Sres. Quintero despierta en el público.

La musa de los afamados autores andaluces, tan llena de gracia y de ingenio cuando posa sus plantas en la *tierra de María Santísima*, se desorienta por completo si la obligan a elevarse por encima del nivel popular. ¡Cuánto echamos de menos el agil diálogo, el espontáneo lenguaje y los graciosísimos detalles de tantas obras quinterianas, ya muertas a fuerza de ser vistas y reídas por los teatros de España entera! Este año, prohibida la entrada en los cementerios, los autores de *La Buena Sombra* y *Pepita Reyes* no pudieron cortar las flores que crecen sobre la fértil tierra que cubre a la humanidad, llena de gracia, que crearon, para alegrar con ellas la solapa de su nuevo don Juan.

Este pobre don Juan, melancólico y cursi, es un pobre hombre que se deja conquistar por la primera mujer que llega, y después se atribuye la victoria; es, en suma, una especie de conquistador según plan preconcebido. Es la antítesis del Tenorio.

Este es toda acción, el otro, el de los Quintero, es todo imaginación; este pobre don Juan que se deja llevar al matrimonio por la primera chiquilla un poco habil con quien se halla, bajo su propio techo, en vida familiar durante unos cuantos días, hubiera caído del mismo modo en las redes matrimoniales de cualquiera de sus anteriores conquistas, si le hubiera tenido bajo su dominio en iguales condiciones.

Parece éste D. Juan algo así como una protesta, como una reacción del espíritu de los Sres. Alvarez Quintero contra las osadías, las altiveces y los desplantes del clásico Tenorio. ¡Fútil empeño! En el ánimo de los espectadores, la evocación del gallardo don Juan sevillano, con su espada al cinto, con su estela de olvidados amores y lágrimas y cintarazos, con su impío y altivo desprecio al cielo, a la tierra, y al infierno, se impuso consciente o inconscientemente, y el pobre *Don Juan, buena persona*, cayó muerto sobre el tablado de la Comedia, de una gallarda estocada de *Don Juan Tenorio, mala persona*.

Aparte de este gran defecto radical de la concepción de la nueva comedia, el plan es excesivamente difuso, la acción lentísima, y el equilibrio entre las partes cómica y sentimental de la obra, imperfecto.

El lenguaje, en algunas escenas, se aleja de manera tan lamentable de la graciosa naturalidad de los autores, que la imaginación vuela hacia *Arenales del Río*, el delicioso pueblo quinteriano, en busca de ambiente más libre, más puro, más lleno de sol y de emoción natural y sana.

La interpretación, sencillamente maravillosa e inmejorable; sobresalir entre lo excelente es propio de eminencias, y el señor Zorrilla puede aplicarse este calificativo con tranquilidad de conciencia.

El público, respetuoso durante dos actos y medio, deseando aplaudir durante el primero y riendo hasta lo que no tiene comicidad, conteniendo toda la noche las manifestaciones de su aburrimiento en gracia a la irreproachable labor de los actores, y hundiéndose definitivamente la comedia durante las últimas escenas.

Algo he de añadir; una parte del público que asiste a los estrenos de la Comedia es tan excesivamente elegante, que su propia elegancia no le permite estar sentado en sus butacas hasta la tercera escena de cada acto. Una vez terminadas estas manifestaciones de la buena educación, los infelices espectadores que se sientan cerca de las puertas laterales, son víctima del continuo entrar, salir y cuchichear de los acomodadores, muy bien vestidos, eso sí, pero muy molestos.

EL OPTIMISTA.

\* \*

Teatro de Novedades.—*La madrastra*, melodrama comprimido en un acto, en prosa, con dos gotas de verso, original de don León Navarro, con intermedios musicales del maestro Cayo Vela, estrenado el día 31 del pasado mes, es una serie de escenas sin ilación, tremendamente folletinescas, en las que intervienen personajes que en ningún momento justifican su actuación; entrando y saliendo cuando les parece, y diciendo lo que en gana les viene. Tiene la obra una buena cualidad: que es cortísima.

Los intermedios musicales no pudimos oírlos, porque apenas la orquesta comenzaba a tocar, se levantaba el telón, y el maestro se veía obligado a dar un golpe de batuta, obligándola a callar.

Los actores, bien, sobresaliendo Gómez-Bur.

¡Lástima de trabajo!

La *claque* insoportable.

FIRMO.

## MI RELIQUIA

Entre mis viejos tesoros  
como una reliquia guardo  
sonora espada que tiene,  
sobre su puño dorado,  
una leyenda que dice:  
«Nunca he servido a villanos».

Esta espada, que mis padres  
con honra y preza me dejaron,  
con honra y preza la conservo  
ceñida siempre al costado.

Todos los días mis ojos  
leen su leyenda y mis manos  
todos los días la llevan  
desde mi cinto a mis labios.

Si no me ultrajan, no riño,  
jamás sin razón la saco;  
más, después de haber reñido,  
jamás sin honra la envaino.

Del nuevo libro «Oraciones Paganas» de Fernando López Martín.

Toledo la vió templarse  
metida en aguas del Tajo;  
por eso tiene su hoja,  
cuando la mueve mi brazo,  
con la firmeza de un roble  
la viva lumbré de un rayo.

Canta su estirpe de reyes  
la Historia en romances claros,  
porque con ella, desnuda,  
lidió en Argel, Garcilaso.

Bruñida como un espejo,  
tiene en su puño dorado  
una leyenda que dice:  
«Nunca he servido a villanos».

Yo que tengo de poeta  
un poco y mucho de hidalgo,  
—que de ambas cosas presumo

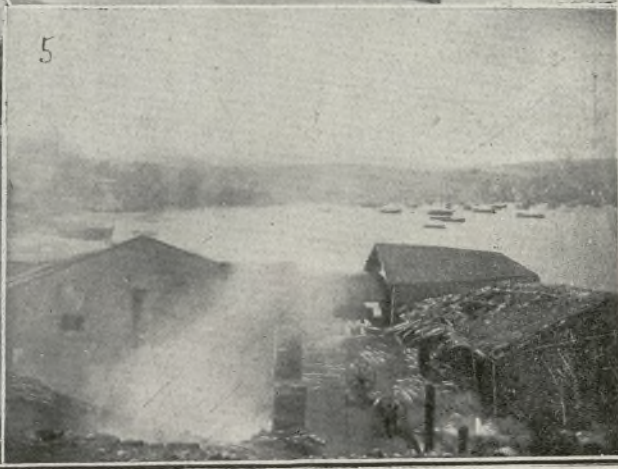
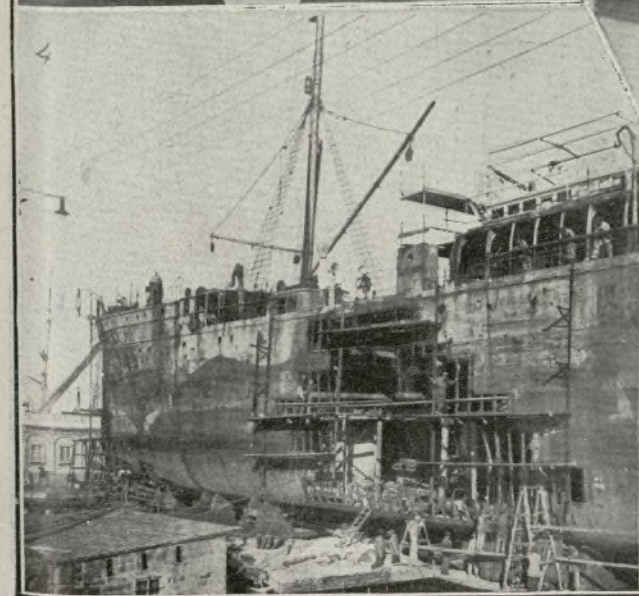
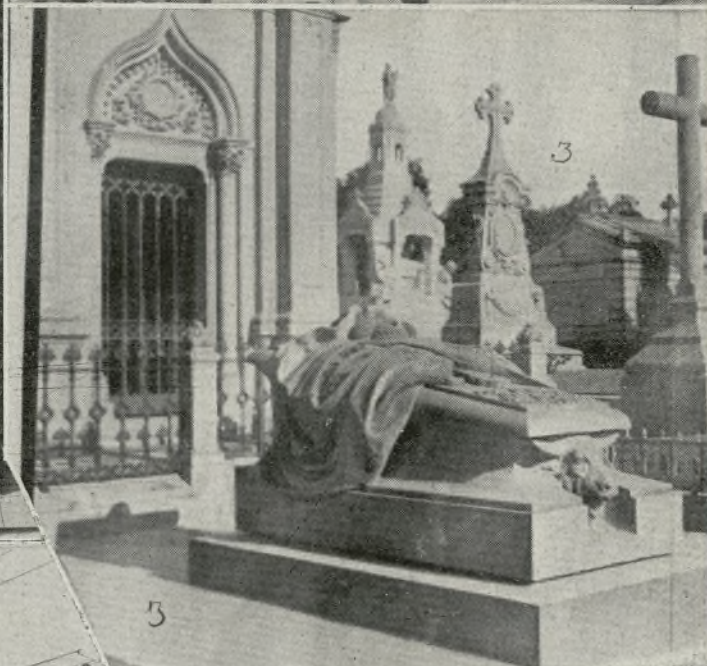
porque nací castellano—  
me precio de esa reliquia  
más que de un rico legado.

Que a mí, en mi ilusión me  
[basta

para vivir, con un blando  
lecho en mis noches tranquilas,  
verde y tupido castaño  
junto al umbral de mi puerta,  
que dé su sombra en verano,  
un rudo lebré que apoye  
su fiel cabeza en mi brazo,  
pan de majada en mi mesa,  
leche de oveja en mi vaso,  
y esa espada, limpia y firme,  
que mis padres me dejaron,  
y que yo, porque fué de ellos  
y también de Garcilaso,  
todos los días la pongo,  
como una cruz en mis labios.



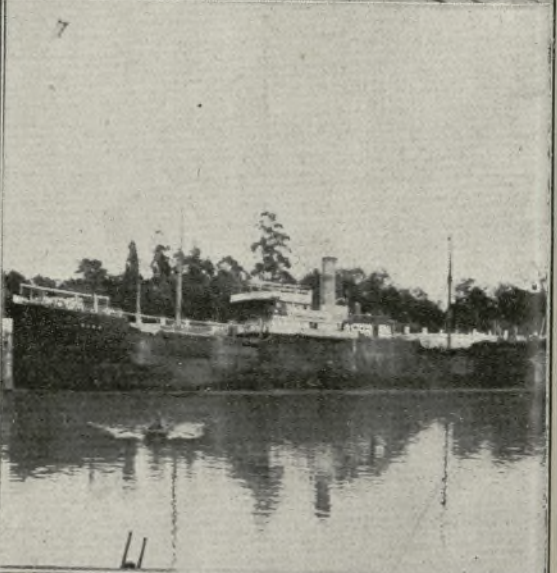
# LA ACTUALIDAD EN VALENCIA, BARCELONA Y VIGO



- 1.º VALENCIA.—Ángel colocado en la puerta del panteón de Moroder, colosal obra del escultor Don Mariano Benlliure.—2.º Vista de varios panteones del cementerio de Valencia.—3.º Panteón de los hermanos Julio, Francisco y Salvador Fabrilo, matadores de toros. Obra de Benlliure. (Fotos. M. Vidal)
- 4.º BARCELONA.—Boquete de 10 metros cuadrados del vapor francés *Provence*, torpedeado por un submarino. (Foto Merletti Hijo)
- 5.º VIGO.—Incendio en una fábrica de aserrar maderas. (Foto J. Sobrino)



# LA ACTUALIDAD EN MADRID Y SEVILLA



1. Teatro de la Comedia. Srta. Carbone y el Sr. González en una escena de la obra "D. Juan buena persona".--2. Una de las principales escenas de la obra "D. Juan buena persona".--3. Teatro de Novedades. Una de las escenas de la obra "La Madrastra".--4. El general Sir Robert Baden-Powell fundador de la Asociación mundial de los exploradores en la embajada inglesa con el Comité nacional de Exploradores de España. (Fotos del Río).
5. Campaña sanitaria en Sevilla. Aparato sulfurador Clayton, para desinfectar los equipajes y otros efectos de los viajeros en la estación sanitaria de San Jerónimo. (Foto del Pando).
6. Carreras de Caballos. S. M. la reina Victoria visitando a uno de los caballos del rey. (Foto del Río).
7. Sevilla, Entrega de un vapor alemán. El vapor alemán "Riga" hoy "España núm. 3" incautado por el Gobierno a la marina mercante alemana. (Foto del Pando).



## SALPICADURAS

Ministerio Nacional:

en marzo, júbilo inmenso;  
octubre, brusco descenso;  
diciembre, triste final.

\*\*\*

A Ministro llegó, y al otro día  
un diputado adicto con exceso,  
le dijo en el Congreso;  
«¿Gobiernas todavía?»

\*\*\*

De Comisario a Ministro,  
morena, no hay mas que un paso,  
pero abaratar las cosas...  
¡ay! qué camino más largo.

\*\*\*

Sin que haya alguna crisis  
de las parciales,  
veinticuatro, no pasan,  
horas cabales.

Fué con recato,  
mas la última que ha habido  
siempre es un dato.

\*\*\*

¿Quién por Madrid se desvela?

Silvela.

¿Quién los trenes arregló?

Cambó.

¿Quién lleva muy bien la cosa?

Ventosa.

Mientras España reposa,

hacen la vida dichosa,

Silvela, Cambó y Ventosa.

\*\*\*

Ya tanto bombo a protestar provoca;

¿Desde cuándo es ilustre Sánchez-Toca?

\*\*\*

Wilson tembló en Nueva York,  
al leer con estupor,

(nublándosele la vista),

que se encuentra en grave aprieto,

pues su fama de estadista

la anulará García Prieto.

\*\*\*

Cuando acabe la guerra

y hagan por fin la paz los enemigos,

lisos, rellenos, quedarán de tierra,

los surcos que a montones,

les sirvieron de abrigos

a soldados, caballos y cañones;

y en Madrid quedarán para modelo

las trincheras del Metro y del subsuelo.

JUAN NARANJAS DE LA CHINA

## A nuestros concursantes

El número de trabajos presentados para nuestros concursos es bastante crecido, sobre todo para el concurso de dibujos, pero desgraciadamente nos vemos obligados, en honor a la verdad, a decir que no responden en calidad a lo que teníamos derecho a esperar.

La mayor parte de los dibujos recibidos son completamente infantiles, y en todos los casos, sin excepción, los autores han tenido a bien prescindir de las condiciones impuestas en nuestro concurso, y unas veces envían sus trabajos sin piés; otras veces, éstos carecen por completo de originalidad; varios vienen hechos a mancha y no a pluma, como se exige en nuestras bases, y en general, ninguno se adapta a las proporciones de tamaño necesarias. Muchos dibujos vienen doblados por el centro e inutilizados así para la reproducción.

En suma, advertiremos que para tomar parte en un concurso de dibujos son necesarias dos condiciones: 1.ª saber dibujar, y 2.ª ajustarse a las bases del concurso.

Sabíamos y lamentábamos nosotros que en España no existieran más que un par, a lo sumo, de dibujantes capaces de hacer la caricatura política y ninguno que sepa hacer la caricatura social o francamente cómica, y deseábamos crear un plantel de artistas de estos últimos géneros; habremos de renunciar a ello y tendremos que buscar fuera de España los dibujantes que respondan a nuestro propósito?

Igual desorientación, carencia de originalidad y olvido de las bases de nuestro segundo concurso se observa entre los fotógrafos que nos honraron con sus envíos. Algunos de ellos son excelentes técnicos, pero todos dieron pruebas de una gran desidia, limitándose a enviar fotografías de paisajes.

En nuestro concurso se piden escenas callejeras, y nada más; no paisajes que ni tienen actualidad ni interés. Creemos nosotros que un buen aficionado puede, si no sorprender una escena callejera, por lo menos prepararla con el concurso de amigos y amigos, y componer asuntos y aún historietas que tengan gracia. Aparte de esto, todo fotógrafo aficionado que posea dotes de observador, puede sorprender en la calle asuntos realmente interesantes y graciosos. Con un poco de ingenio, otro poco de buena voluntad, y entusiasmo por el arte de la fotografía, podría ser nuestro segundo concurso una verdadero éxito.

En nuestro quinto número abriremos una sección de *Correspondencia*, destinada a nuestros concursantes y a los colaboradores espontáneos.



## Extracto de los capítulos anteriores de El Crimen de la Joyería.

CAPÍTULO I.—Un detective, hijo de padre norteamericano y madre española, llamado *Sight* (pronúnciese *Sait*), dió una comida a sus amigos en Madrid; a los postres se habla de una exposición de retratos españoles en el Museo, y de un magnífico retrato de Velázquez, de la Marquesa de Guadalur, en que figura una espléndida joya. *Sait* asombra a sus amigos afirmando que el cuadro es una falsificación, que ha podido comprobar con un aparato de su invención que lleva en la muñeca como si fuera un reloj, y expresa su sospecha de que el cuadro sea parte en la preparación de un crimen.—CAP. II.—Un agente teatral y un empresario aguardan en la estación a una artista de segundo orden contratada para un bailable, y quedan asombrados viéndola descender de un coche salón, y recibida por un intérprete del Palace Hotel, donde tiene reservadas habitaciones, y que la dice que la aguarda el automóvil que ella mandó comprar para su servicio.—CAP. III y IV.—la *Princesa Nabab*, nombre de la bailarina, se hace famosa y despierta intensa curiosidad en Madrid.—Cierta *Día, Sait*, que también habita en el Palace, es llamado por la policía con motivo de un crimen que acaba de cometerse en una joyería de la Gran Vía y descubre curiosos detalles que el jefe de policía don *Pedro Sol* no había podido descubrir.

## El crimen de la joyería

NOVELA

ORIGINAL DE

F. BRIDGES

ILUSTRACIONES DE VÁZQUEZ CALLEJA

(CONTINUACIÓN)

Desde entonces, D. Pedro Sol dormía sobre sus laureles, y la admiración agena había engendrado en él una gran admiración hacia su propia inteligencia. Sol se creía un Sherlock Holmes.

—Vamos a la tienda Sr. *Sait*, dijo después de los saludos de rúbrica.

Ambos hombres se sentaron en la parte exterior del local; había empezado a caer una lluvia tenue y perti-



—Yo soy artista—dijo la dama...

naz, y el grupo de curiosos estacionado en la calle se había disuelto espontáneamente en vista de que lo único que podía sacar de allí era una mojadura.

—Sr. *Sait*, dijo Sol; le he llamado a usted únicamente por deferencia, pues el caso presente no ofrece ninguna duda.

—¿Ninguna duda?

—Ninguna duda, he dicho y lo repito, puesto que sé quien es el criminal.

—¿Y el motivo del crimen?

—El motivo del crimen es asunto secundario.

—Muy bien, repuso con acento levemente irónico *Sait*.

—El auxilio que pudiera prestarnos su experiencia policiaca es en este caso inútil en absoluto, puesto que yo he descubierto ya cuanto hay que descubrir. Le llamé, pues, tal sólo por altas consideraciones internacionales.

—¡Ah!—dijo *Sait*, y no dijo más.

—En este asunto se halla complicada la persona cuya vigilancia en Madrid le encargó la policía de los Estados Unidos, y que ha motivado el viaje de usted a España.

*Sol* hizo una pausa, esperando una respuesta de su interlocutor; pero éste, con rostro indiferente, más aún desprovisto de toda expresión, permaneció mudo e inmóvil, aunque sus ojos seguían clavados en los de D. Pedro Sol con penetrante fijeza. En vista de este mutismo, *Sol* reanudó su monólogo.

—Los hechos son los que voy a relatar, empezando con ciertos antecedentes necesarios. Ayer por la tarde, se presentó en mi despacho una dama elegantísimamente vestida y ricamente alhajada, cuya agitación demostraba de un modo evidente que era presa de una fuerte emoción.

—La hice sentar—continuó—, procuré calmarla suavizando por todos los medios posibles el carácter imponente de una personalidad como la mía, y al fin logré calmar hasta cierto punto la turbación que sintiera ante mi presencia. Poco a poco, primero con frases que demostraban el trastorno de su espíritu, y al fin con mayor serenidad, me hizo el relato siguiente, que yo repetiré prescindiendo de ciertas sagaces preguntas y hábiles interrupciones con que entrecorté su narración en momentos oportunos.

—Yo soy artista—dijo la dama en cuestión.—Soy artista, y vine a Madrid contratada para interpretar la parte principal en un bailable de gran espectáculo. El nombre con que se me conoce en el mundo teatral es el de la *Princesa Nabab*, y aunque todavía no he debutado, Madrid me ha recibido con un entusiasmo que yo agradezco con toda mi alma. Lo mismo los artistas y los escritores, que muchas personas del gran mundo me han visitado en mi suite del Palace, invitándome diariamente a fiestas y paseos. Un notable escultor español me está haciendo un busto para la próxima exposición.

Entre los jóvenes aristocráticos que me visitaban, uno de ellos lo hacía con extraordinaria asiduidad; se llama el marqués de Riocavado; es riquísimo, elegante y de una galantería exquisita. No he de ocultar que se enamoró de mí rápidamente, y que a todas horas recibía de él flores, cartas...; su automóvil estaba a mi puerta todo el día, a disposición de mis caprichos, y muchas veces me ocurrió entrar sola en una tienda para hacer algunas compras de que yo había hablado al marqués la víspera, y hallé que éste me había abierto crédito ilimitado en ella. Una pasión tan intensa y tan previsora de mis deseos y gustos, inclinó favorablemente mi corazón hacia el marqués, y aunque no profundamente enamorada, la simpatía que él supo despertar en mis sentimientos me impulsaron a corresponder a su amor.

El marqués se mostró desde entonces radiante de alegría y de felicidad, y puso su persona y su fortuna en absoluto a mis pies.

Hará cosa de un mes, Miguel me avisó por teléfono que vendría a buscarme...

—¿Miguel?

—El marqués de Riocavado; Miguel es su nombre de pila—Miguel, dijo la *Princesa Nabab*, me avisó por teléfono que vendría a buscarme en el auto para que juntos asistiéramos a la inauguración, anunciada en los periódicos, de la exposición de retratos españoles en el Museo del Prado.



Efectivamente llegó poco después, y juntos visitamos la exposición. Aquellos retratos, espléndida evocación de las épocas más fastuosas y caballerescas de la romántica España, exaltaron mi imaginación de artista, y con



y juntos visamos la exposición...

la viva luz propia de un relámpago, mi fantasía concibió el soberbio efecto escénico de aquellos ricos brocados y terciopelos, de aquellas deslumbrantes alhajas. de los tocados airoosísimos, cruzándose en las galantes reverencias de un bailable de la época en que el baile era una ceremonia aristocrática, a la luz azul de un proyector eléctrico, ante el éxtasis de una sala ocupada por las actuales herederas de tanta belleza y distinción. Para mi propio traje, elegí el de la Marquesa de Guadalupe, magnífico retrato pintado por Velázquez.

Llena de impaciencia y de entusiasmo, desde el Museo nos fuimos al Odeón, hablé con el empresario, y quedó resuelto introducir en el bailable que ensayábamos el baile de los retratos, cuadro que había de ser el *clou* del espectáculo.

Un detalle había en el cuadro elegido por mí de gran importancia para el conjunto de la personificación de la Marquesa de Guadalupe me hacía perder el sueño; el collar pintado en el retrato era una joya valiosísima; una imitación en piedras falsas era fácil, pero la falsedad, siendo las piedras tantas y tan grandes, se conocería inmediatamente, y privaría a mi figura de la suntuosidad que el cuadro posee.

Capricho, aprensión de artista..., o de mujer; no puede ocultar mi preocupación, y Miguel, al fin, me arrancó la confesión del motivo de mi nerviosidad.

Elena, me dijo estrechando mis manos; debiera enfadarme contigo por tu reserva; soy rico, pero aunque no lo fuera, mi fortuna entera será poco para evitarte una pena, para realizar un deseo tuyo, para ahuyentar la más tenue nubecilla que se atreva a velar la luz de esos ojos divinos.

Mis ojos, aunque no divinos, son muy humanos, y debieron demostrarlo muy claramente, pues Miguel besó mis manos, que aun tenía entre las suyas, con verdadera pasión.

—Vamos a casa de un joyero—, dijo—, sin perder un instante.

Me eché un abrigo sobre el traje que vestía, y bajamos a la calle, donde esperaba el magnífico *Packard* del marqués. Este me dijo, de pie aún junto al coche.

—Iremos a la mejor joyería de Madrid.

—A la que quieras, le respondí. Pero tendrán que hacer la joya con gran rapidez, pues el estreno no está lejos.

Aquí el chauffeur, llevándose la mano a la gorra, dijo:

—Si el señor marqués me lo permite, le indicaré que se acaba de abrir una en la Gran Vía; como es nueva, no tendrá muchos encargos aún.

Al llegar a este punto de su narración, *Sait*, que fumaba impasible un magnífico habano que acababa de encender dejó escapar una ligera risa. *Don Pedro Sol* interrumpió su historia, y mostrándose algo ofendido, preguntó:

—¿Hay algo cómico en lo que estoy contando?

—No, no, querido *Sol*; una asociación de ideas trajo a mi memoria un incidente...; siga su narración, que es interesantísima y usted un hábil *causeur*.

*Don Pedro Sol*, hispiéndose como un pavo, prosiguió:

—Entramos en el auto del marqués—, siguió diciéndome la *Princesa Nabab*—, y en breves momentos llegamos a la nueva joyería. El joyero nos recibió con gran amabilidad; era un hombre inteligente y, según pudimos apreciar, un verdadero artista. Se había hecho una especialidad en la reproducción de joyas antiguas e históricas, y poseía un verdadero archivo de fotografías de las alhajas más famosas del mundo entero y de los cuadros de grandes pintores en que figuran joyas de la época, despreciando en absoluto la joyería ordinaria y corriente.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?, preguntó *Sait*.

—*Frederic Massard*, respondió *Sol*, y siguió contando. —El joyero nos mostró una gran colección de fotografías, entre las cuales figuraba una magnífica del retrato de la *Marquesa de Guadalupe*, el cuadro de Velázquez que acabábamos de ver en la exposición.

El joyero se comprometió a fabricarme el collar para la fecha precisa, y quedó ajustada en 200.000 pesetas; la importancia del precio me impulsó a rechazar el regalo, pero Miguel insistió en su oferta, y no tuvo el valor necesario para negarme.

Llegó el día señalado para entregar la alhaja, día que



—Vamos a casa de un joyero...

yo aguardaba con gran impaciencia, y que era ayer por la tarde...

—¿La misma tarde en que la *princesa Nabab* le hizo a usted la narración que usted repite ahora?

—Precisamente—, dijo *Sol*—; llegó la tarde de ayer, y el *Marqués de Riocavado* se presentó triunfante en mi

(Continuará)



De nuestro concurso de dibujos.

por Enrique Jardiel y Gencela.



La noche del examen de Algebra Superior, Pepito Bodoques sufrió una pesadilla. Y es que el Algebra, era Superior, pero él estaba, mediano.



Se despertó obsesionado; mientras se vestió repetía: Seno de A... coseno de B... tangente de C... Y la criada asombrada—dijo: ¡Señorito! ¿Qué cosemos y estamos tanta gente, estamos solos?...



Tan obsesionado salía que saludó a la portera con un «¡Adios, Newton!»



En la Universidad,—preguntó a sus compañeros: ¿Aprietan mucho? ¡Más que unas botas nuevas! Me es igual por que no sé una gorda.



...Y empezó el interrogatorio: ¡A ver, señor Bodoques, lecciones 18-49 y 90. Expresiones de la cantidades imaginarias...



—¿Expresiones? ¡Muchas gracias! Devuélvanselas de mi parte... Y se desdibujó en el horizonte...



—Los papistas, argüía *Giles Gosling*, son una raza miserable y avara, y aquel hombre pudiera haber buscado alojamiento en casa del rico escudero de *Bessellsley* o del viejo caballero de *Wootton*, o en cualquier otro antro romano, en lugar de venirse a vivir en una posada pública, como era propio de un buen hombre y de un honrado cristiano.

El buen *Giles*, por consiguiente, convencido de que su huésped no era católico romano, le invitó cortesmente a un trago del vino frío, y a honrar la ligera colación en honor al regreso y reforma (según sus esperanzas), de su sobrino. Moviéndose negativamente la cabeza al principio el forastero, como declinando la invitación, pero el hostelero le instó, alegando el crédito de su casa y el juicio que su insociabilidad pudiera inspirar al buen pueblo de *Cumnor*.

—A fe mía, señor, interesa a mi reputación que la gente se muestre alegre en mi casa, y además hay en *Cumnor* malas lenguas—¿dónde no las habrá?—que murmuran de los que se encajan el sombrero sobre las cejas, como añorando los pasados tiempos, en vez de regocijarse a la clara luz que Dios nos concedió en el bello rostro de nuestra soberana la reina Isabel, a quien Dios guarde muchos años.

—¿Cómo, querido huésped!—respondió el forastero.—No puede constituir traición el que un hombre se entregue a sus propios pensamientos a la sombra de su gorra. Me doblais la edad, y debeis saber que hay pensamientos que nos persiguen a pesar nuestro, y a los que es en vano decirles: aléjate, que quiero alegrarme.

—Ciertamente, respondió *Giles Gosling*, si tan molestos pensamientos perturban vuestro espíritu y no podeis desecharlos como buen inglés, llamaremos a uno de los discípulos del padre *Bacon*, de Oxford, que los exorcizará con su lógica y su hebreo; o... ¿no le parece mejor anegarlos en un mar de rojo clarete, mi noble huésped? Ved aquí un puñado de excelentes muchachos que están deseando alegría; no los mireis ceñudo, como el diablo a *Lincoln*.

—Bien decís, amigo mío, repuso el huésped con sonrisa que, aunque melancólica, prestaba agradable expresión a su rostro.

—Los tristes como yo, no deben turbar la alegría de los dichosos; beberé con vuestros huéspedes de todo corazón, antes que me llamen *aguafiestas*:

Dicho esto, se reunió con la compañía, que animada por el

abad; con una ligera operación de alquimia, reduces tu casa y tus tierras a dinero contante, y el dinero a un barco de alto bordo, con sus velas, sus áncoras, su cordaje y todo lo demás necesario; enseguida estivas los géneros de tu almacén en la bodega del barco; pones sobre el puente cincuenta buenos mozos, a mí de capitán; largas velas, y ¡en marcha hacia el Nuevo Mundo!

—Acabas de enseñarle el secreto, sobrino, dijo *Giles Gosling*, de reducir, —y esta es la palabra exacta—, sus libras a peniques, y sus telas a hilachos. Sigue el consejo de un necio, vecino *Goldthred*. No te arriesgues a la mar, que todo lo traga. A pesar de las cartas y las serpientes de mar, los fardos que te dejó tu padre aguantarán tus derroches uno o dos años, antes de que te arruines; pero el apetito del mar es insondable—; se tragaría las riquezas todas de *Lombard-Street* en una mañana con tanta facilidad como yo me tomo un huevo cocido y una copa de clarete; y en cuanto al *Eldorado* de mi sobrino, creo que lo halló en el bolsillo de algún primo como tú; pero no te enfades por esto; ahora a comer, pues llega la cena, y yo la ofrezco de corazón a cuantos quieran participar de ella; en honor a la vuelta de mi sobrino, confiando en que vuelva a casa convertido en otro hombre. A fe mía, sobrino, que te pareces a mi pobre hermana tanto como puede parecerse un hijo a su madre.

—No se parece tanto a su esposo, el viejo Benito Lambourne—dijo el mercero meneando la cabeza y haciendo guiños.—¿Recuerdas, Miguel, lo que dijiste cuando el maestro de escuela te dió de palmetazos por jugar con las muletas de tu padre? Sabio será el chico, dijiste, que sepa quién es su padre. El doctor *Bricham* lloraba de risa, y esto te salvó.

—Sí, pero se desquitó con creces después, dijo Lambourne. Y ¿cómo sigue el digno pedagogo?

—Murió, repuso *Giles Gosling*, hace mucho tiempo.

—Es cierto, dijo el sacristán de la parroquia; yo estaba a su cabecera; murió como un bendito: *Morior... mortuus sum vel fui... mori*; éstas fueron sus últimas palabras; y añadió solamente: he conjugado mi último verbo.

—Bueno, dijo Miguel; descansen en paz; nada me debe.

—No, en verdad, replicó *Goldthred*; a cada latigazo que te daba, solía decir que era ahorrar trabajo al verdugo.

—Entonces se puede creer que le dejó poco trabajo, dijo el sacristán; y a pesar de ello, *Godman Thong* no tuvo poco que hacer con nuestro amigo.





—¡Voto a Dios!, exclamó Lambourne sintiendo agotarse su paciencia, cogiendo violentamente su sombrero de sobre la mesa y encajándolo en su cabeza, de modo que la sombra dió la siniestra expresión de un *guapo* español a aquellos ojos y aquellas facciones que ya naturalmente no prometían nada agradable. ¡Oigan, señores; todo es tolerable entre amigos y en privado, y ya he tolerado a mi digno tío y a todos los demás que se burlen de las locuras de mi infancia. Pero ciño espada y daga, amigos míos, y las sé manejar con agilidad si llega el caso; aprendí a ser quisquilloso en puntos de honor mientras serví al español, y no quisiera que me pusiérais en el trance de regañar.

—¡Eh! ¿qué vais a hacer?—dijo el sacristán.

—Eso es, ¿qué vais a hacer?—dijo el mercero, [refugiándose atropelladamente al otro lado de la mesa.

—Degollaros y poner mal fin a vuestros trinos domingueros, señor sacristán—dijo Lambourne fieramente—; meteros a palos, mi respetable mercader de tafetán malo, en uno de vuestros fardos.

—Vaya, vaya, dijo el hostelero interponiéndose; no consiento bravatas aquí. Sobrino, no está bien que te ofendas con tanta facilidad; y vosotros, señores, debéis recordar que, aunque ésto sea una posada, sois ahora los invitados del posadero, y debéis respetar el honor de su familia. Protesto de que vuestra estúpida disputa me haya hecho olvidar mi deber, pues allí veo sentado al *huesped silencioso*, como yo le llamo, que en dos días que lleva alojado en mi posada no habló más que para pedir la comida y la cuenta...; no dá más que hacer que si fuese un aldeano...; paga su gasto como un príncipe...; no mira más que la suma de mis cuentas, y no sabe qué día se marchará. ¡oh! este *huesped* es una alhaja, y siendo yo un *don Nadie*, he consentido que siga sentado en aquel rincón oscuro, sin invitarle siquiera a tomar un bocado en nuestra compañía. Si antes de que la noche avance se trasladase a la posada de *La liebre y el tambor*, tendría lo que merezco por mi descortesía.

Con su paño blanco colocado con gracia sobre el brazo izquierdo, descubierto de su gorra de terciopelo, y en la mano derecha su mejor frasco de plata, nuestro hostelero se dirigió hacia el solitario *huesped* a quien acababa de referirse, y de este modo atrajo hacia él la atención de los allí reunidos.

Era un hombre como de veinticinco a treinta años, de más

que mediana estatura, vestido con decente sencillez, pero tan dueño de sí propio, y respirando tal dignidad, que parecía evidenciar que era superior en calidad a lo que su traje aparentaba: Su expresión era reservada y reflexiva, sus cabellos negros y sus ojos oscuros chispeaban de modo inusitado bajo el reflejo de alguna momentánea emoción, pero en otros casos participaban de la tranquilidad y meditación marcadas en sus



no dejó de aceptar la invitación...

facciones. La diligente curiosidad del pueblecito había tratado de averiguar su nombre y calidad, y también lo que le traía a Cumnor, pero sin lograr traslucir nada de ello. *Giles Gosling*, cabeza del pueblo y fiel partidario de la reina Isabel y de la religión protestante, se inclinó al principio a sospechar que su *huesped* era jesuita o sacerdote de seminario, los que en abundancia enviaban por entonces Roma y España para adorno de la horca en Inglaterra. Pero no pudo mantener semejante sospecha contra un *huesped* que tan pocas molestias causaba, que liquidaba sus cuentas con regularidad y que al parecer pensaba prolongar su estancia en la alegre posada del *Oso negro*.



# NUESTROS CONCURSOS

## I

1.<sup>a</sup> **Concurso de Dibujos Cómicos** con sus pies correspondientes, ambas cosas originales e inéditas bajo la responsabilidad del autor. El asunto es libre, quedando esceptuados los ataques a la moral, los asuntos religiosos o políticos, y los referentes a la guerra.

2.<sup>a</sup> Los dibujos se enviarán por grupos de cuatro o seis, de igual tamaño y de modo que puedan formar una plana de 16 por 19 centímetros, o reducirse a este tamaño. Estarán dibujados a pluma, con tinta china sobre buen papel blanco.

3.<sup>a</sup> Cada envío vendrá dirigido al Director de **Día y Noche**, Apartado núm. 809, Madrid, y acompañado del nombre y dirección del autor, escritas y firmadas de su puño y letra.

4.<sup>a</sup> Por cada serie de cuatro o seis dibujos aceptados, y publicados en la Revista, se abonará 20 pesetas; y al terminar el concurso, un jurado que se nombrará al efecto y del cual formarán parte el dibujante Sr. Vázquez Calleja y el director del periódico adjudicarán a los dibujos que se considere mejores entre los publicados un primer premio de 100 pesetas, un segundo de 50 pesetas y dos terceros de 25 pesetas cada uno. Los premios se otorgarán siempre a una serie completa.

5.<sup>a</sup> La fecha en que habrá de cerrarse el concurso, se anunciará oportunamente.

6.<sup>a</sup> No se sostendrá correspondencia con los concursantes.

7.<sup>a</sup> El hecho de tomar parte en el concurso deja establecida la absoluta conformidad de los concursantes con el resultado y decisiones de la dirección del periódico. Se advierte que toda recomendación será causa de que los dibujos del recomendado sean excluidos del concurso.

8.<sup>a</sup> Los dibujos aceptados y publicados, serán

pagados inmediatamente, a la presentación del recibo, y previa confrontación de firmas.

9.<sup>a</sup> No se devolverá ningún original publicado, y estos quedarán de la absoluta propiedad de la editorial **Hispánica**.

## II

1.<sup>a</sup> **Concurso de fotografías** de asuntos de la calle, comprendiéndose en esta denominación todas aquellas escenas callejeras que por su interés o gracia merezcan ser publicadas. Las fotografías podrán ser tomadas en cualquier población española, y habrán de ser actuales y originales é inéditas, bajo la responsabilidad del autor.

2.<sup>a</sup> Deberá enviárenos dos pruebas positivas en papel de cada fotografía, y al dorso escrito el asunto fotografiado y los demás datos de lugar; tiempo, etc. Las pruebas tendrán un tamaño mínimo de 9 por 12 centímetros.

3.<sup>a</sup> Por cada fotografía aceptada y publicada, se abonará en cuanto se publique, la cantidad de cinco pesetas. Cada concursante podrá enviar un número ilimitado de fotografías.

4.<sup>a</sup> Al terminar el concurso, se adjudicará por un jurado compuesto por el director y redactores del periódico **Día y Noche**, los premios siguientes a las fotografías que se considere más notables entre las publicadas, por su intención, su gracia o su interés, teniendo además muy en cuenta la perfección de la prueba: dos primeros premios de 50 pesetas cada uno y ocho segundos premios de 25 pesetas cada uno.

5.<sup>a</sup> Serán aplicables al concurso de fotografías las cláusulas 3.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup>, 7.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup> del **Concurso de dibujos cómicos**.

Los dibujos y fotografías que no entren en concurso, quedarán en esta administración a disposición de sus autores, siendo requisito indispensable la presentación del recibo.

---

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolveremos los originales que nos envíen, ni sostenemos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la respuesta.

---

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios y artísticos publicados en este ejemplar.

---

"Día y Noche" no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna clase de Gobierno, y espera vivir del favor del público

HISPÁNICA, Cardenal Cisneros, 47, Tel. J. 928. Madrid





El sereno.—Ya es hora de cerrar; son las doce y media.

El tabernero.—Son las doce.

El sereno.—Compre usted otro reloj mejor que ese.

El tabernero.—Lo que compraré es un sereno; no atrasan, ni hay que darles cuerda

## IMPRENTA HISPÁNICA

CARDENAL CISNEROS, 47, MADRID

TELÉFONO J. 923

Se hacen obras, revistas, catálogos, folletos, tarjetas e impresos de todas clases